LA COMUNIÓN

Jesús en la Eucaristía

Jesucristo es Dios hecho hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo eterno de Dios é Hijo de la Virgen María, presente en medio de los hombres para ser su Dios, su Señor, su Salvador, y dar vida eterna á todos los que creen en Él.

Como el buen Jesús nos ama con amor entrañable, quiso permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos; quiere, como buen Padre, morar siempre en medio de los suyos, y como valeroso Capitan combatir siempre á la cabeza de sus soldados. Por el sacramento de la Eucaristía vive así presente acá abajo, en medio de su Iglesia todos los días, hasta la consumación de los siglos.

El sacramento de la Eucaristía es, pues, Jesús, Dios hecho hombre, presente y encubierto bajo apariencias de pan en la Hostia consagrada. Cuando el sacerdote en la Misa ha consagrado el pan y el vino, es decir, cuando los ha convertido en Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, aquella hostia blanca, que aún parece ser pan, no es ya pan aunque

de tal conserve la apariencia; por la omnipotencia de Dios se ha convertido en verdadero cuerpo vivo de Jesucristo; es Jesús, el niño Jesús del pesebre, el pobrecito trabajador de Nazaret, el Jesús del Evangelio, el Jesús de la Pasión, del Calvario y del Sepulcro; es Jesús resucitado glorioso y triunfante en el cielo; en una palabra, es Jesús Dios y hombre, presente en las manos de sus sacerdotes, manifestando á todos los cristianos el exceso de su amor por el exceso de su humillación y abatimiento.

Si para acercarse á nosotros no hubiese encubierto de este modo la majestad de su gloria, habríamos temblado en su presencia, jamás nos hubiéramos atrevido á arrimarnos á Él; además tampoco hubiéramos podido recibirlo en alimento. Pero bajo esta humilde apariencia, Nuestro Señor, más pequeño aún que en la cueva de Belén, á nadie puede causar espanto; su pequeñez es la grandeza de su amor, es su bondad sin límites, su misericordia, su cariño..... ¡Oh! ¿quién no amará á Jesús en tan profundo misterio de amor?

La ceremonia santa, durante la cual Nuestro Señor se hace presente en la Eucaristía, se llama la Misa. Sólo los sacerdotes pueden celebrar la Misa, pues que ellos solos reciben, por medio del sacramento del Orden, el divino poder de hacer lo que Jesucristo hizo por primera vez en la última Cena, es decir, de consagrar, de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre preciosísimos del Hijo de

Dios. Los sacerdotes tienen mayor poder que los Angeles. Nada hay sobre la tierra tan grande como el sacerdote, puesto que nada hay tan grande como la Misa y la Eucaristía.

En el momento de la consagración Jesucristo no desciende de un modo visible desde el cielo á la santa Hostia. El santísimo Sacramento es, en efecto, *el misterio de la fe*, la gran verdad que es necesario creer firmemente sin verla y sin comprenderla. Así Jesús, antes de anunciarla á sus Discípulos, pidióles expresamente la fe más completa, la sumisión más absoluta á su divina palabra. *En verdad os digo, el que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan de vida, Yo soy el Pan vivo bajado del cielo.....el Pan que Yo os daré es mi carne para la vida del mundo.* La Eucaristía es, pues, misterio de fe, misterio impenetrable, y en él es preciso adorar, sin verla y sin comprenderla, la presencia real de Jesucristo Nuestro Señor.

No le vemos allí, pero sabemos que allí está Él. ¿Y cómo lo sabemos? Por habérnoslo dicho Él mismo, el mismo Jesús, que es la misma verdad, y no puede mentir: *Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre es verdadera bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en Mí y Yo en él. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero.....Tomad y comed de él todos, porque este es mi Cuerpo. Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi Sangre.* Estas son palabras for-

males de Dios. ¡Desventurado el hombre que rehusa creerlas! De antemano está ya juzgado, porque no cree en el Hijo de Dios.

Por lo que á tí toca, niño ó niña, tú no serás incrédulo sino fiel, y cuando entres en la iglesia, cuando asistas á la Misa, recuerda siempre que estás entonces á los piés de Jesús que ha dicho: «Felices los ojos que no vieron y no obstante creyeron.» Como Santo Tomás, adora á tu Señor encubierto á tus ojos bajo el velo del Sacramento, y díle desde el fondo de tu corazón: *¡Señor mio y Dios mio!*

Jesús está, pues, real y verdaderamente presente en la Eucaristía, oculto á nuestros sentidos, bajo las apariencias de la hostia.

La sagrada Comunión

Comulgar es recibir en los labios y en el corazón á Jesús presente en la Eucaristía. La Comunión es el acto más sublime, más perfecto, más santo de que es capaz un hombre en este mundo. Comulgar es recibir en tu cuerpo y en tu alma al Hijo de Dios, Jesucristo, y con Él al Padre y al Espíritu Santo, á toda la Trinidad, al Dios único vivo y eterno; es recibir á Dios, alimentarse de Dios.

Jesús, presente en tu corazón por el Bautismo y por la gracia, es tu vida espiritual y eterna. Por medio de la santa Eucaristía la alimenta, la priva de separarse de Él, la fortifica en la vida de la gracia, la

llena de toda suerte de bendiciones, la consuela en sus penas. Jesús, por la unión de su gracia contigo, es tu vida; por la Comunión es tu pan de vida, como se llama Él mismo en el Evangelio.

Comulgar es alimentar tu alma. De suerte que, así como el cuerpo no puede conservar su vida sino por medio del alimento, así el alma no puede conservar la suya más que por medio de la sagrada Comunión. Así para el alma como para el cuerpo es necesario alimentarse para vivir.

Un niño ó niña que no comiese moriría muy presto, ¿no es verdad? Un niño que no comiese á menudo, sería débil, flaco, pálido, daría lástima mirarlo. Así los que no comulgan caen á menudo en el pecado; sepáranse de Jesucristo, que es la vida de su alma; y los que no lo hacen con frecuencia viven lánguidos en el bien, tibios en la oración, flojos en la piedad.

La Comunión es, pues, el alimento de tu pobrecita alma, su fuerza, su salud, su robustez, su felicidad y su alegría. Si el Bautismo nos da la vida, la Comunión mantiene y fortalece esta vida. Debemos comulgar so pena de muerte espiritual y eterna; debemos comulgar á fin de que habite Jesús en nosotros y nosotros en Jesús.

Preparación para la Comunión

Empero, no se trata sólo de comulgar, preciso es comulgar bien. Y para eso es necesario prepararse de todo corazón para este acto. Díme, si el Papa nos avisase que quiere visitarnos, ¿no prepararíamos sin tardanza nuestra casa para recibirle? ¡Cómo limpiaríamos y adornaríamos la entrada de la escalera y las estancias! Ahora bien. Mayor que el Papa es Jesucristo de qnien aquél es su vicario y servidor. ¡Es Dios que nos anuncia su visita cuando tratas de recibirle en la sagrada Comunión! ¡Con qué diligencia debes, pues, disponerle la habitación de tu alma!

Hay para eso la preparación *remota* y luego la preparación *próxima*.

La preparación remota consiste en purificar y limpiar en lo posible nuestras almas de todo pecado. Los pecados leves no son mejores que los graves; las manchas pequeñas ensucian tu vestido, y son manchas ni más ni menos que las grandes. Necesario es ser del todo limpio y del todo puro. Aborrecer, pues, el pecado, es la primera condición para disponerse á la sagrada Comunión.

Hemos de cuidar en seguida de corregir los defectos, es decir, las malas inclinaciones que nos llevan al pecado; tales son, por ejemplo, la frivolidad, la disipación voluntaria, la pereza, la negligencia, la dejadez, la terquedad, la excesiva delicadeza, el mal

génio, la indocilidad, el egoismo, la vanidad y tantos otros. Nada de eso quiere Nuestro Señor, y por su amor hemos de combatirlo cuanto podamos. Ya sé que ese es trabajo de toda la vida; ya sé que retoña contínuamente el pecado como las malas hierbas; ya sé que nadie puede corregirse perfectamente y absolutamente de todo: pero sé también que con algo de esfuerzo y atención mucho puede uno conseguir sobre sí mismo, y arrancar esta mala hierba á medida que va creciendo; y que aunque no podamos ser del todo perfectos, hemos de amar la perfección, dirigir nos á ella y ser de este modo lo menos imperfectos que podamos. ¡Oh! ¡cuánto no haríamos si quisiésemos!

Después es necesario también adornar, hermosear el corazón, orando sobre todo, y sobre todo orando mejor, pensar más á menudo y con mayor afecto en Jesús; practicar con más atención todos nuestros deberes; ser más fiel en todas las ocasiones de nuestra vida. ¡Oh! ¡con qué complacencia entra Jesús en un alma que observa así preparada!

De la preparación próxima

¡Hijo mío! ¡Hija mía! La preparación próxima para la sagrada Comunión es principalmente una buena confesión, pero digo *buena*, ¿entiendes? buena y muy buena, leal, sincera, hecha de todo corazón y no como sucede frecuentemente, de corrida, sin prepa-

ración, sin verdadero dolor, sin firme propósito. Si no tienes pecado alguno en la conciencia, puedes en rigor comulgar sin antes confesarte, pues lo que está limpio no necesita ciertamente ser lavado. No obstante, si puedes, mejor te será de todos modos presentarte á tu buen confesor, pedir sus buenos consejos y recibir su bendición.

La noche del día ántes de tu Comunión procurarás dormirte con piadosos pensamientos, rogando á la Virgen María te bendiga y te disponga ella misma para la Comunión del día siguiente. Al despertarte piensa al momento en Jesucristo que te aguarda y llama desde el fondo del sagrario. «¡Hé aquí á Jesús que se acerca! Apresurémonos y vayamos á la presencia de Jesucristo,» nos dice la Iglesia nuestra Madre.

Al vestirte y en los momentos que preceden á la santa Misa debes procurar en cuanto puedas guardar silencio, ó al menos algún recogimiento; orando á Jesús desde el fondo de tu corazón; pero todo esto con suavidad, con sencillez, sin romperte la cabeza en buscar exquisitos pensamientos en los cuales poca parte tiene el pensamiento de Dios. En ello como en todo las mejores oraciones son las más sencillas. «¡Jesús, mío, habed piedad de mí! ¡Jesús, mi Dios, os amo de todo mi corazón! ¡Señor, Vos me amáis, y yo os amo también! ¡Jesús, amor mío!» Y otras semejantes aspiraciones. Estas son las verdaderas oraciones, no sólo para los niños y niñas, sino aún para

los mayores. Dios quiere principalmente sencillez, amor y confianza.

Viene luego la santa Misa. Debes oirla con atención, bien sea rezando las hermosas preces que en ella el Espíritu Santo ha dictado á la Iglesia, y que se remontan al tiempo de los Apóstoles, bien sea leyendo y meditando algunos pasajes del libro tercero y cuarto de la *Imitación*, ó rezando algunas decenas del santo Rosario, ofreciéndolas por diferentes intenciones; por ejemplo, la primera decena para adorar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento; la segunda, para alcanzar de María un verdadero arrepentimiento de tus pecados y una conciencia pura; la tercera, para pedir al Salvador, siempre por la intercesión de su Madre, la gracia de comulgar santamente, y así por otras parecidas intenciones.

También se pueden rezar ó meditar las breves oraciones que se ponen en los libros para antes de la Comunión. Hé aquí algunas de estas oraciones cortas y sencillas, que podrás repetir más con el corazón que con la boca.

Adoración

¡Oh Jesucristo, Salvador mío, presente y oculto en la sagrada Hostia! ¡Vos sois mi Dios, el solo y verdadero Dios, á quien adoran los Ángeles y á quien adoro yo con ellos!

¡Vos sois el que sostiene con su poder la tierra

que me sostiene y el cielo que me alumbra! ¡Vos sois quien me da y me conserva la vida! ¡Vos sois el dueño único y soberano á quien toda criatura sirve y reverencia!..... ¡Vos sois el á quien poseeré y veré cara á cara por toda la eternidad!

¡Os adoro, pues, y me humillo hasta la nada en vuestra santa y adorable presencia, indigno como soy de levantar mis ojos hasta Vos!

¡Y no obstante me acerco á recibiros! ¡Jesús mío, mi Señor y mi Dios! ¡no soy digno de que Vos entréis en mi alma; decid solamente una palabra, y podrá recibiros dignamente mi corazón!

Arrepentimiento

¡Dulce y misericordioso Jesús! habed compasión de mí, pobrecillo pecador ó pecadora, que me arrojo humillado á vuestros piés. Apenas soy nada, y soy ya un gran pecador. Héme aquí delante de Vos como estuvieron un día Zaqueo y la Magdalena. Vos me habéis dicho como á ellos: «Perdonados están tus pecados; véte en paz y no peques más.»

¡Cuán bueno sois, Dios mío! ¡Cuán malvado soy yo! ¡Vos me lo perdonáis todo y siempre!..... Detesto, pues, ahora más que nunca mis pecados, sean cuales fuesen; todos los que he cometido desde que existo; y con vuestro auxilio, con la fortaleza que me comunicaréis por medio de esta Comunión, quiero permaneceros en adelante siempre fiel, corregir mis

malas inclinaciones y evitar todas las ocasiones de pecado. No quiero contristar más vuestro amoroso corazón.

Amor

¡Señor mío Jesucristo! ¡Redentor del mundo! ¡Vida de mi alma! Me llamáis á la sagrada Comunión, y me decís con sin igual ternura: «Ten confianza, hijo mío; héme aquí, no temas.»

Vengo, pues, y olvidando la majestad de vuestra grandeza, no miro más que la dulzura de vuestro amor. Vengo á Vos porque me amáis. Os abro mi corazón porque Vos queréis habitar en él y reinar en él plenamente, y llenarlo de vuestro gozo, de vuestra pureza, de vuestra paz y del suavísimo perfume de todas vuestras virtudes. Vengo á Vos porque os amo y quiero amaros siempre con toda mi alma.

La Santísima Virgen, Madre vuestra y Madre mía, es quien me ha conducido en este instante á vuestra sagrada Mesa. Dignaos por ella, Salvador mío, bendecir esta mi Comunión: dignaos aumentar en mí vuestro amor, y darme vivos deseos de este gran Sacramento.

¡El Cuerpo sacrosanto de mi Salvador Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna!

Estos *actos* expresan los sentimientos que una alma piadosa debe tener en su corazón al prepararse para recibir en él á su buen Dios.

Comunión y acción de gracias

¡Cuán grande y sublime es el momento de la sagrada Comunión! Sólo hay uno de más solemne en toda la vida; es el momento de la muerte, cuando entrarás para siempre, por toda la eternidad, en posesión de Dios. Y esto será también en cierto sentido una comunión, la comunión eterna, la comunión del paraíso, de la cual la de la tierra no es más que prenda, anticipación y figura.

Cuando llegue, pues, este momento divino de la sagrada Comunión, deja allí tu libro, levántate, dirígete al altar, recogido, modesto, humilde, bajos los ojos y ocupado únicamente en el pensamiento de Dios. Vas á tenerlo en tu corazón, y es Él mismo quien te prepara y te conduce. Mírale delante de tí, cómo desciende del altar en manos de su sacerdote, como un día en manos de la Virgen. «¡Jesús mío! venid, ¡soy todo para Vos! Os amo de todo mi corazón. No soy digno de recibiros: Vos, empero, me amáis y no miráis mi miseria. ¡Virgen María, bendecidme!»

Con estos sentimientos arrodíllate, toma la blanca toalla, ponla sobre tus manos extendidas bajo tu rostro, de modo que si algo de la sagrada Hostia fuese á caer por casualidad, esta blanca toalla lo pudiese recoger. Firme é inmóvil, bajos los ojos, ó clavados en tu Dios, y cuando el sacerdote esté delante de tí, levanta la cabeza, abre un poco la boca, ni poco ni

mucho, saca algo la lengua, y no la retires hasta que el sacerdote haya depositado en ella la sagrada Hostia. Todo esto con sociego y calma, como si estuvieses dulcemente echado en brazos de tu Salvador. Ahora más que nunca es preciso arrojar lejos, muy lejos, todo escrúpulo é inquietud que pueda perturbarte.

Después de haber comulgado, deja humedecer suavemente la sagrada Forma en la lengua para sumirla. No te alborotes ni apresures, vuelve á tu asiento con las manos juntas y los ojos sumisos. Si el sacerdote te hubiese dado dos Hostias, ó si algo de ella se te hubiese pegado al paladar ó entre los dientes, no te perturbes, como sucede á tantos. Ni esto es pecado, ni siquiera una desgracia: ten un poco de paciencia, á los pocos minutos aquella pequeña partícula se despegará por sí misma, y nada tendrás ya que temer. Nunca la toques con los dedos, esto sí que te está prohibido.

Vuelto á tu sitio, quédate de rodillas un rato pensando en tu Salvador. ¡Oh hijo mío! ¡oh hija mía! ¡Cuán grande es este momento! Llevas en tu cuerpo y en tu alma al Señor de los Ángeles y de los Arcángeles; tu carne es la custodia de Jesucristo, que en ella deposita el gérmen de tu futura y gloriosa resurrección! Primero por el Bautismo, luego por la Eucaristía, te has convertido en otro Jesús, en otro Cristo de Dios, Hijo de Dios, tabernáculo del Padre celestial, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Oh! ¡cuánto